



EXCMO. SR. D. HERNÁN CUEVAS
RIO DE JANEIRO

PRIVADA

16651.1
39 1399

Respetado y querido Consejero y amigo!

Van unas líneas para la señora y estas más largas para usted. No quiero que pase más tiempo sin darles señales de vida y que ocurra entre nosotros lo que ha pasado con el Embajador.

Señor, desde que recibí del nuestro jefe un oficio que usted puede leer en el archivo y en el que se me ordenaba no escribir artículos sobre Chile y se me aconsejaba tomarme una especie de jubilación, aunque no hay ninguna impedimento mío para la labor intelectual, yo no digo a mis compatriotas que mi salud es mala, por el temor natural de que también se ofrezcan aquella jubilación forzada... (Ruégole leer mi respuesta a ese oficio). Así es como yo no he comunicado al Embajador la recaída de salud sufrida en los últimos CUATRO O CINCO MESES. Mientras yo no padezca de una dolencia cerebral, señor Cuevas, yo trabajaré.

El mal de la vista, que me ha dado días de una semi-ceguera, fue tratado por tres médicos como de origen infeccioso y como consecuencia de intestino y riñón intoxicados. Lo he creído durante años. Por fin, unos amigos uruguayos, me forzaron a consultar a un médico austriaco en Rio y este halló una aortitis vieja y aguda y un daño en el músculo mismo del corazón. Su tratamiento, que tiene dos meses, me ha mejorado grandemente, no solo los ojos, por el aceleramiento de la circulación, sino los ahogos diurnos y nocturnos que eran ya serios. Tengo muchas esperanzas ahora.

Hace días, señor Cuevas, me encontré al Embajador a la salida de la misa por la pobrecita Otilia y le oí esta pregunta repentina tres veces: "¿Qué le hecho yo para que usted no vaya a la Embajada?" Ni el sitio ni la ocasión eran para contestarle, por más de que el tono fuese conminatorio. Pensé en visitarle y responderlo lo que Ud. va a leer. Pero hoy sé que ha partido de Rio por un tiempo.

Yo no voy a la Embajada: 1º. Porque no tengo ninguna cosa preciosa, importante, necesaria, que decirle, y siempre respeté el tiempo de la gente que trabaja mucho y en cosas de categoría. No tengo el hábito criollo de hablar por hablar y hacer perder la vida en bavardage ni perderla tampoco. Nada tengo que pedirle, nada que preguntarle sobre el servicio, ningún dato tengo que llevarle que le haga falta. El sabe de Brasil y de Chile más que yo. No se me ocurre, señor, que se pueda hacer visitas absolutamente inútiles. El inglés, el nórdico, el vasco, creen lo mismo.

2º. No voy a verle porque lo único que pude tratarle desde que llegué a Brasil era un asunto que me daña la paz de la vida y del trabajo literario: el único problema. Le dije cuando él me contó que se volvería a Francia al acabar la Guerra, que solo antes de irse yo le confiaría dicha cuestión, y que no se formase juicio sobre mí antes de oírse. Le añadí que no quiero perturbar su relación confiada en una persona del servicio, relatóndole mi triste experiencia con él. Yo sabía muy bien que esta discreción, no mundana sino cristiana, me dañaría a mí tarde o temprano, pero no estoy arrepentida de mi conducta. En este asunto yo sufro sola, pero yo sola, y puedo con el peso de esta desventura hasta hoy. El señor a que me refiero, podría sufrir en su situación por una denuncia mía o una acusación, pues aunque soy nadie políticamente en mi país, hay unas pocas personas que tienen fe en mi veracidad y que se interesan también en que yo viva en paz para que pueda escribir.

[Carta] [a] Excmo. Sr. Hernán Cuevas, Río de Janeiro
[manuscrito] Gabriela Mistral.

AUTORÍA

Mistral, Gabriela, 1889-1957

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

[Carta] [a] Excmo. Sr. Hernán Cuevas, Río de Janeiro [manuscrito] Gabriela Mistral. [2] h. ; 28 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile